

## Capítulo II

### La socialización postmoderna y la función educativa de la escuela\*

Ángel I. Pérez Gómez  
*Universidad de Málaga*

Como no podía ser de otra manera los docentes vivimos en el ojo del huracán de la innegable situación de crisis social, económica, política y cultural que vive nuestro entorno al final del presente milenio. La escuela, y el sistema educativo en su conjunto, puede entenderse como una instancia de mediación cultural entre los significados, sentimientos y conductas de la comunidad social y el desarrollo singular de las nuevas generaciones. Cuando se cuestiona el mismo sentido de la escuela, su función social y la naturaleza del quehacer educativo, como consecuencia de las transformaciones y cambios radicales tanto en el panorama político y económico, como en el terreno de los valores, ideas y costumbres que componen la cultura, o las culturas de la comunidad social, los docentes aparecemos sin iniciativa, arrinconados o desplazados por la arrolladora fuerza de los hechos, por la vertiginosa sucesión de acontecimientos que han convertido en obsoletos nuestros contenidos y nuestras prácticas.

Para entender el reto educativo de la escuela en el escenario de socialización postmoderno hemos de analizar con cierto detenimiento las peculiaridades que configuran los intercambios sociales cotidianos en cuyo escenario se socializan los niños y las

---

\* Versión revisada de la ponencia titulada "*La perspectiva crítica en Educación. Socialización y Educación en la época postmoderna.*" presentada al Congreso "Educación crítica e Innovación" Vitoria, Febrero 1997.

niñas con los que los docentes tenemos que trabajar en el escuela. Los procesos de socialización evolucionan con las transformaciones sociales y los retos que plantean a la práctica educativa también se diversifican en virtud de aquellas transformaciones.

### La cultura social en la época postmoderna

Aunque no puede considerarse una cultura homogénea, integrada y sin fisuras ni contradicciones, denomino cultura social al conjunto de significados y comportamientos hegemónicos en el contexto social, que es hoy indudablemente un contexto internacional de intercambios e interdependencias. Componen la cultura social los valores, normas, ideas, instituciones y comportamientos que dominan los intercambios humanos en unas sociedades formalmente democráticas y regidas por las leyes del libre mercado y recorridas y estructuradas por la omnipresencia de los poderosos medios de comunicación de masas.

En particular, y siguiendo la línea terminológica de este discurso, la cultura social es la ideología cotidiana que corresponde a las condiciones económicas, políticas y sociales de la postmodernidad. Se diferencia de la cultura pública porque los significados que en ella se intercambian no han sufrido el contraste público, sistemático, crítico y reflexivo, sino que sus contenidos se difunden y se asimilan por la vía de la seducción, persuasión o imposición. Es la ideología que requiere la condición postmoderna de la sociedad actual y que le sirve de justificación y legitimidad.

Para analizar las características de la cultura social contemporánea, postmoderna, es imprescindible que nos detengamos primero en el análisis de las peculiaridades que definen la condición postmoderna y que en definitiva condicionan la emergencia, difusión y cambio de la red de significados que componen la cultura social.

× Tres características básicas definen, a nuestro entender, las condiciones de la sociedad postmoderna. Su configuración política como democracias formales, como estados de derecho consti-

tucionalmente regulados; el imperio de las leyes del *libre mercado* como estructura reguladora de los intercambios en la producción, distribución y consumo; y por último, la avasalladora omnipresencia de los medios de comunicación de masas potenciados por el desarrollo tecnológico de la electrónica y sus aplicaciones telemáticas.

Estas tres características se presentan combinadas de una manera particular en las sociedades llamadas occidentales al final del siglo XX,<sup>1</sup> provocando una manera peculiar de vivir: de producir, de consumir y de relacionarse que definen los procesos de socialización de los ciudadanos y con respecto a los cuales la educación escolar ha de organizar específicamente su intervención.

### La socialización primaria en la época postmoderna

Es evidente que en las últimas décadas vivimos una inevitable sensación de crisis interna y externa de la configuración moderna de los valores que han legitimado, al menos teóricamente, la vida social (Lyotard, 1989; Lipovetsky, 1991; Boudrillard, 1987, 1991). La ideología social dominante en la condición postmoderna difunde y legitima de manera más sutil que impositiva un conjunto de valores que rodean y enmarcan los intercambios, roles que cada individuo desenvuelve y expectativas a las que aspira en su vida cotidiana.

<sup>1</sup> En este sentido es interesante el análisis sobre el pensamiento único que desarrolla Ramonet (1995). Incluye el siguiente decálogo de características: la primacía de lo económico sobre lo político; el monopolio del mercado, cuya mano invisible corrige las asperezas del capitalismo; la hegemonía de los mercados financieros en economía; la competencia como razón íntima de lo que se hace; el libre intercambio sin límites; la mundialización, la división internacional del trabajo que modera las reivindicaciones de los sindicatos y abarata los costes salariales; la liberalización, privatizaciones, etcétera.

En forma breve voy a recorrer los principales valores y tendencias que de manera sutil, ambigua y anónima se derivan de aquel marco socioeconómico del libre mercado y que se imponen en los procesos de socialización de las nuevas generaciones<sup>2</sup>.

- La paradójica promoción simultánea del individualismo exacerbado y del conformismo social. La sociedad, en consonancia con los influjos de los poderosos medios de comunicación, refleja a la vez que estimula la paradójica aceptación y promoción conjunta del individualismo y el conformismo social. La paradoja es evidente, al menos en apariencia, pues afirmar el individualismo supondría la amenaza de estabilidad del orden social que los individuos reforzados podrían poner en cuestión y proponer alternativas. No obstante, la paradoja es solamente aparente teniendo en cuenta que el individualismo se promueve sólo como aislamiento y enfrentamiento competitivo. En la ideología de la condición postmoderna el conformismo social debe alimentarse como garantía de permanencia del marco genérico de convivencia: las democracias formales que arropan un sistema de producción y distribución regido por la ley del libre mercado. Dentro de tan in cuestionable y apetecible paraguas se legitima la ley de la selva, la competitividad más exacerbada que mediante la lucha individual por la existencia se supone que sitúa a cada uno en el lugar que le corresponde por sus capacidades y esfuerzos.

A este respecto, la búsqueda de la identidad personal de la mayoría de los individuos de la sociedad postmoderna parece vinculada a la competitividad profesional y a la diferenciación por el consumo como indicadores de status. Es una clara expresión de la traslación del eje valorativo desde el ser al tener. Castoriadis (1994) no duda en afirmar que vivimos la fase más conformista de la historia moderna, pues bajo la apariencia de libertad individual todos recibimos pasivamente el único sentido que el sistema nos

propone e impone de hecho: el teleconsumo, mezcla de consumo y televisión, de consumo simulado a través de la televisión. Willis (1990), por su parte, aun coincidiendo en el carácter abrumador alcanzado por el consumo en la sociedad postmoderna y en su dimensión generalmente conformista, considera que es necesario indagar en las posibilidades que ofrece a la diferenciación individual, pues la interpretación, la acción simbólica y la creatividad son también parte del consumo. En todo caso, para la mayoría de la población de las sociedades desarrolladas el imperio del consumo supone la superación de la etapa de necesidad y la inmersión en la etapa del deseo. Para la mayoría satisfecha (Galbraith, 1992), que constituye la mayoría de los que votan en las sociedades avanzadas, el deseo como manifestación de identidad personal se concreta tanto en el consumo de bienes materiales y simbólicos como en su utilización para condicionar y gestionar las interacciones sociales.

- Eclecticismo acrítico y amoral. Primacía del pensamiento único, amorfo y débil. La inevitable tendencia económica a la globalización y a la imposición universal de modelos de vida, de pensamientos, sentimientos y acción, transmitidos reiterada y seductoramente a través de los poderosos medios de comunicación de masas, así como la exigencia de la economía liberal de derribar cuantas barreras materiales, simbólicas o ideológicas se crucen en el camino del libre intercambio para la obtención del beneficio, ha conducido progresivamente a la formación de una amorfa y anónima ideología social de eclecticismo trivial y ramplón, que de modo acrítico y amoral admite el principio del "todo vale", si a la postre sirve al objetivo de la rentabilidad personal, grupal o nacional. Como afirma Benedetti (1995), nunca como en este último decenio, se usaron tantas palabras profundas para expresar tanta frivolidad. Conceptos como libertad, democracia, soberanía, derechos humanos, solidaridad, patria, y hasta dios se han vuelto tan livianos como el carnaval, el aperitivo, el videoclip, los crucigramas y el horóscopo. Todo puede convertirse en mercancía, y por tanto adquirir valor de cambio en el trueque comer-

<sup>2</sup> Un análisis más detallado puede encontrarse en Pérez Gómez (1995) y en Melero Zabal (1994).

- búsqueda  
de la identidad

- competitividad  
social

- Tener → Ser  
Publicidad

(Cocacola...  
poseer objetos, poseer  
sonas...)

Todo vale = competitividad amorfa

nomía individual, por el contrario, puede suponer un obstáculo, por cuanto que el individuo autónomo puede poner resistencias a las orientaciones externas, denunciar la manipulación de las apariencias y proponer alternativas a los modos actuales de producción, distribución y consumo.

– *Importancia trascendental de la información como fuente de riqueza y poder.* Los nuevos soportes informáticos y audiovisuales han permitido que como información, es decir en tanto acumulación y organización, la cultura parezca al alcance de cualquiera. Su distribución (limitada a los beneficios comerciales) la ha hecho accesible y cercana, en lo que puede suponer, a la vez, tanto la pérdida de identidad al mezclarse las experiencias y los modos de vida, como el fortalecimiento de la individualización cultural. La consecuencia más visible es que el acceso a la información no está en la actualidad equitativamente repartido, como tampoco lo está el acceso igualitario a la capacidad intelectual para interpretar dicha información.

Dos aspectos me parecen particularmente preocupantes respecto a la importancia adquirida por la información en las sociedades desiguales de la condición postmoderna. En primer lugar, el riesgo de trivialización acumulativa que conlleva la sobreinformación. La saturación de información fragmentaria no conduce al enriquecimiento de los criterios personales de análisis y toma de decisiones, ni a la formación de cultura, sino a la confusión y perplejidad, a la mera acumulación de anécdotas sin estructurar en esquemas de pensamiento. Como afirma Finkelkraut, “en el preciso momento en que la técnica, a través de la televisión y de los ordenadores, parece capaz de hacer que todos los saberes penetren en todos los hogares, la lógica del consumo destruye la cultura. La palabra persiste pero vaciada de cualquier idea de formación, de apertura al mundo y de cuidado del alma... Ya no se trata de convertir a los individuos en sujetos autónomos, sino de satisfacer sus deseos inmediatos, de divertirlos al menor coste posible” (1990: 128).

En segundo lugar, la importancia decisiva de la información para la participación política, cultural y profesional, que tanta re-

levancia concede a la educación de la comunidad, puede suponer un factor más de discriminación e incluso de exclusión de los grupos más desfavorecidos. El que pierde el rápido tren de la información cada día se encuentra más alejado de sus coetáneos y con mayores dificultades para reincorporarse. Este efecto tan perverso, en una sociedad con profundas desigualdades de origen, es sin duda una manifestación más de la desigualdad que se convierte en factor multiplicador de la misma.

– *Mitificación científica y desconfianza en las aplicaciones tecnológicas.* La etiqueta de científico se está utilizando como indicador de status elevado e incuestionable del conocimiento, al tiempo que los desarrollos de la ciencia parecen enfrentarse a situaciones y posibilidades fuera de control de la misma comunidad científica y de los poderes democráticos. Por un lado, la reflexividad apoyada en los desarrollos simbólicos y expertos, acelera la velocidad con la que unas convicciones científicas son sustituidas por otras. Por otro lado, las consecuencias de la reflexividad acelerada parecen actualmente mucho más definitivas que nunca: la amenaza de confrontación o de desajuste de los sistemas nucleares, las nuevas enfermedades (que se suman a las históricas no resueltas) y los nuevos materiales de desecho, el efecto invernadero y, en general, el deterioro ecológico del planeta, suscitan la preocupación de los individuos porque se ha incrementando inexorablemente la fragilidad de la vida y la incertidumbre del futuro.

Por otra parte, conviene también considerar el lado singular del desarrollo científico, con cierta independencia de sus aplicaciones tecnológicas. Como afirma Lyotard, nunca el descubrimiento científico o técnico ha estado subordinado a una demanda surgida de las necesidades humanas. Siempre se ha movido por una dinámica independiente de lo que los hombres consideran deseable, beneficioso, confortable. “Es que el deseo de saber-hacer y de saber es inconmensurable respecto de la demanda del beneficio que se puede esperar de su acrecentamiento.” (Lyotard, 1990:99).

Control

Palabras vacías

Sobreinformación

(la h'g' h'g')

Control

- *La obsesión por la eficacia* como objetivo prioritario en la vida social y en la práctica educativa, que aparece ante la comunidad como sinónimo de calidad. Se acepta con toda naturalidad que cualquier actividad humana debe regirse por los patrones de economía, rapidez y seguridad en la consecución eficaz de los objetivos previstos. Los supuestos básicos de esta concepción pueden resumirse en los siguientes: en toda práctica social pueden definirse los objetivos concretos especificados operativamente desde fuera y de forma previa; los fines justifican los medios y cualquier medio es aceptable si nos lleva a la consecución de los objetivos previstos; los resultados pueden identificarse, medirse y evaluarse con rigor; todo proceso social puede, en definitiva, considerarse un proceso mecánico y previsible, es en cierta medida un proceso de producción de bienes culturales y puede regirse por los criterios y especificaciones de cualquier otro proceso de producción. Como nos recuerda Lyotard (1990), en un universo donde el éxito consiste en ganar tiempo, pensar no tiene más que un sólo defecto, pero incorregible: hace perder el tiempo, no es eficiente. Por otra parte, es necesario considerar que en el vertiginoso desarrollo de las perversiones más indeseables de la lógica del mercado, la obsesión por la eficacia se desliga incluso de la calidad de los resultados primando de manera indiscutible la rentabilidad sobre la productividad (Galbraith, 1992). La especulación financiera, la destrucción de productos agrícolas, la corrupción política..., son claros ejemplos de la extensión y legitimación social de esta obsesiva búsqueda de la rentabilidad y el beneficio a corto plazo. La eficacia deviene pura eficiencia.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Conviene a este respecto recordar la clarificadora y útil distinción que hace Gil Calvo (1993) entre *eficacia* y *eficiencia*. "Lester Thurow entiende de la rentabilidad como búsqueda de eficiencia (output por unidad de coste) y la productividad como búsqueda de eficacia (output total) (66)...La supeditación de la productividad, como mero subproducto imprevisto de la búsqueda prioritaria de rentabilidad inmediata, es lo que caracteriza precisamente a cierta economía capitalista que se conviene en llamar liberal o neoliberal (68). Por eso puede reconocerse, con *(continúa)*

Será necesario, por el contrario, cuestionar esta tendencia de la cultura actual de la sociedad de modo que aparezca la posibilidad de pensar que la calidad humana (Pérez Gómez, 1990; Carr, 1990) no reside sólo en la eficacia y economía con la que se consiguen los resultados previstos, sino en el valor antropológico y ético de los procesos e interacciones en los que se implican los sujetos humanos. Así, por ejemplo, en educación conviene insistir en que como en cualquier otro aspecto de la vida humana los fines no justifican los medios; que los medios didácticos no son indiferentes, sino que al ser procesos sociales de intercambios de significados, cualquier método pedagógico está activando procesos individuales y colectivos cargados de valores, provocando múltiples efectos primarios y secundarios, explícitos o tácitos, a corto, a medio y a largo plazo, en modo alguno previsibles de forma mecánica; que debido al carácter creador del individuo y de los grupos humanos, los procesos educativos cuanto más ricos e interesantes son, más impredecibles se vuelven los resultados; que la evaluación rigurosa y objetiva de los resultados inmediatos y observables en educación, no logra detectar sino una mínima parte de los efectos reales de los procesos educativos que se manifiestan de forma muy diversa, compleja y prolongada a través del tiempo.

- *La concepción ahistórica de la realidad.* La reificación de las formas actuales de la existencia individual y social se convierte en otra característica de la cultura social que obstaculiza el desarrollo de la comprensión. Amparada en las exigencias de la

*(continuación)* Tilly, que si la racionalidad económica significa la búsqueda de eficiencia o rentabilidad (output por unidad de coste), la racionalidad política o bélica, irreductible a la anterior, supone sacrificar la eficiencia a la eficacia (output total), tratando de lograr no el producto más rentable (como hace el capitalismo de paz) sino la producción más elevada, aunque sea con inferior, mínima o incluso nula rentabilidad. Y es esto último lo que sólo consigue el capitalismo de guerra, el único que siempre antepone la productividad a la rentabilidad (96)."

POSITIVISMO  
Medios  
Fines  
Búsqueda  
de la  
calidad

economía del libre mercado como fórmula definitiva, la poderosa y tácita ideología dominante induce la idea de que las manifestaciones concretas de la realidad contemporánea en sus dimensiones económica, social, política e incluso cultural, no sólo son las más adecuadas, sino que se convierten en inevitables e insustituibles. Se difunde una concepción inmovilista de la realidad social, concediendo carácter de naturaleza a las manifestaciones contingentes de la configuración histórica actual. Se pierde el sentido histórico de la construcción social de la realidad, y se ignora la dialéctica del desarrollo humano entre lo real y lo posible.

Desde los centros de poder político y económico se difunde la idea de que ya no hay más que una realidad, una única forma viable de organizar la vida económica, social y política; se impone la idea de la ausencia de alternativas racionales y viables. Este dogmatismo paraliza el entendimiento y la ausencia de alternativas paraliza la actuación. En la conciencia colectiva se instala la tesis de la futilidad e impotencia del empeño humano individual o colectivo, pues por una parte la economía global domina la política y por otra, todos son igualmente corruptos en la vida política. Será necesario, por tanto, reivindicar el componente utópico del pensamiento humano porque se está utilizando la crítica a las ideologías como coartada para evitar la reflexión crítica sobre el presente. Como afirma Argullol (1996), "las perspectivas utópicas son convenientes porque entrañan la necesidad de poner a prueba, y la voluntad de modificar, el propio espacio en que uno se encuentra. Son, por llamarlas con otro nombre, las perspectivas del deseo... Lo peor que podría ocurrirnos sería aceptar una sociedad, y una vida, sin deseo. El deseo siempre implica una tensión entre el espacio que habitas y un espacio eventual que se proyecta en tu mente y en tu sensibilidad". Los fenómenos educativos en particular cuando pierden la dimensión alternativa o utópica que va más allá del estado actual de las cosas pierden su especificidad y se convierten en un simple proceso de socialización reproductora.

La utopía no supone la afirmación ingenua y optimista de un futuro ideal diseñado y programado desde el presente, sino la necesidad de indagar y proyectar más allá de las restricciones in-

teresadas del status quo, incluso desde el propio desencanto que producen las insatisfacciones del presente. Utopía y desencanto, además de contraponerse, deben sostenerse y corregirse recíprocamente. A pesar de su omnipotencia actual, "es ridículo creer que un capitalismo puramente financiero e indiferente a las consecuencias sociales de una competitividad salvaje sea la disposición definitiva del mundo" (Magris Claudio, 1996:271).

El carácter conservador y conformista de la ideología mayoritaria tiene mucho que ver con la posición de poder y dominio social y económico de la mayoría satisfecha, (Galbraith, 1990). La cultura de la satisfacción supone la convicción de que cada uno, individuo o sociedad, tiene lo que le corresponde, lo que se merece por su esfuerzo y dedicación. Los satisfechos se merecen el estado de satisfacción y deben de defenderlo contra los portavoces de absurdas y trasnochadas ideologías igualitarias o creencias solidarias, que propugnan la redistribución. La mayoría satisfecha no coincide necesariamente con la mayoría de la sociedad, pero sí frecuentemente con la mayoría de los que votan. Su fuerza electoral y su poder económico y mediático es tan importante que dominan el comportamiento político. La espiral de desigualdad se proyecta imparable en la condición postmoderna hasta provocar la exclusión de un importante número de individuos, naciones o culturas.

- *La primacía de la cultura de la apariencia.* Parece obvio que en la cultura de la imagen que se impone en las sociedades occidentales postindustriales, es imparable el dominio de la apariencia, el poder de lo efímero y cambiante, la dictadura del diseño, de las formas, de la sintaxis a costa de la comunicación abierta de significados, ideas, argumentos, discursos. Las exigencias del mercado en la vida cotidiana y en particular por medio de la publicidad audiovisual confunden cada vez más profundamente el ser y el parecer: las apariencias sustituyen a la realidad al conseguir el efecto pretendido, y a su vez la realidad insatisfecha o insatisfactoria pugna por convertirse en la apariencia del modelo exitoso. La ética se convierte en pura estética al servicio de la per-

Vicios de la  
insistencia

Pérdida de los  
objetivos  
de la vida

suasión y seducción del consumidor y por supuesto el contenido desaparece de la escena para dejar paso triunfal a las formas autosuficientes. Las modas, configuradas por puras apariencias, se convierten en criterios de valor para definir la corrección del comportamiento en los más diversos campos de actuación: el arte, la política, el vestido, el diseño, la vida profesional, el ocio... etc.<sup>4</sup>

Cuando la importancia de las formas, de la sintaxis, de los modos externos de expresión de los significados se mantiene dentro de la pretensión de desarrollar las capacidades estéticas o formales de expresión y comunicación, de abrir nuevas vías para la formulación externa del mundo interior individual o social, puede considerarse una tendencia con clara potencialidad educativa, toda vez que favorece y facilita el intercambio y el desarrollo creador de las necesidades expresivas del individuo y de la comunidad. Cuando, por el contrario, la exaltación de las formas, de las apariencias, de los envoltorios, de la sintaxis se produce a costa de los significados, de los contenidos, ya sea para ocultar la ausencia de los mismos o para camuflar la irracionalidad de los mensajes, la cultura de la apariencia se convierte en un poderoso eje de la cultura social que arraiga con fuerza en la juventud por el atractivo de los estímulos que utiliza, relacionados directamente con la naturaleza concreta de los sentidos, con el contenido directo de la percepción más sutil y diversificada.

El aspecto más grave de estas mutaciones es que al camuflar los contenidos de los mensajes en el bosque lujoso y atractivo de las formas y apariencias externas, difícilmente los individuos pueden incorporar racional y críticamente los componentes de la ideología social dominante. No es que la cultura de la imagen y de la

<sup>4</sup> Es paradigmático, especialmente en la España de los años 80, el ejemplo que nos ofrece Félix Ortega (1994) sobre los yuppies: "Un orden tan poco racional como éste, sin embargo, pretende erigirse en marco de referencia social, y lo consigue. Sus virtudes, esto es: la falta de atributos y competencias, son las que se difunden a través del tejido social. Sus protagonistas, tiburones de la especulación, son los héroes de la moderna farsa" (49).

apariencia no transmita componentes ideológicos, y por tanto se trate de una cultura neutral, inocua, independiente de los valores y opciones de interés, muy al contrario puede considerarse una cultura más insidiosa por cuanto camufla y oculta los verdaderos intereses y valores que se transmiten en los intercambios. El problema es que en el bosque de informaciones fragmentarias y de estímulos audiovisuales es difícil percibir y por tanto analizar críticamente el sentido de los mensajes y la finalidad de los influjos.

Por otra parte, cuando la sustitución de la realidad por las apariencias observables invade el terreno de las relaciones profesionales e incluso personales, la vida de los individuos se convierte en una continua actuación, la proliferación de roles artificiales con los que cada uno tiene que vestirse para afrontar las exigencias del modelo correcto de actuación provoca inevitablemente la dispersión del sujeto, la ansiedad de la sobreactuación y la pérdida de identidad integradora. Al mismo tiempo, bajo el supuesto de que los otros también se encuentran actuando sus apariencias, es difícil construir interacciones de confianza, relaciones consistentes que le permitan al sujeto retirar el velo de la simulación.

— *El imperio de lo efímero en el paraíso del cambio.* Estrechamente vinculada a esta tendencia se encuentra la concepción de la novedad, el cambio y la originalidad como un valor permanente e inquestionable. La vida económica y profesional contemporánea exige no solo adaptarse a la nueva situación, sino prepararse para vivir permanentemente adaptándose a las exigencias del proceso de cambio continuo. Afrontar con serenidad la incertidumbre inevitable en el desarrollo humano es algo diferente de tener que vivir la ansiedad que produce la permanente inestabilidad personal o profesional como consecuencia de un mercado que vive de la innovación permanente porque no produce para satisfacer necesidades, sino para obtener beneficio provocando el deseo del consumo ilimitado. La consecuencia más palpable y preocupante de esta tendencia es que el deseo del cambio y de la novedad por sí mismos, no tiene posible satisfacción. Objeto tras objeto, deseo tras deseo, relación tras relación, expectativa tras expectativa, se van

Seducir → Conducir

quemando de forma tan precipitada que ni siquiera se pueden disfrutar. Se vive el instante como trampolín hacia un futuro inmediato de sorpresa y cambio que promete mayor novedad, ahogando las posibilidades de disfrutar la sorpresa presente (Berger, 1994; Ortega, 1994).

Por otra parte, no todos los aspectos de la vida individual y social se acomodan de la misma forma al cambio. Hay componentes de la realidad social y cultural de la comunidad humana que no pueden adaptarse a las exigencias del cambio permanente y acelerado sin sufrir distorsión sustancial. Así, por ejemplo, la consolidación de instituciones sociales o de costumbres culturales requiere un tiempo y una parsimonia incompatible con la exigencia del cambio por el cambio. Coincido con Lamo de Espinosa (1996) cuando plantea que si cultura son todas aquellas actitudes sociales que aceptamos como evidentes, la ciencia y la economía no permiten su asentamiento, porque se innova tan deprisa que no da tiempo a generar consensos culturales acerca de ciertas conductas. Se destruyen tradiciones sin dar tiempo a generar otras nuevas. El resultado es la sensación de desamparo y el abandono a los influjos más seductores, aunque sean efímeros y superficiales. (Lypovestky, 1991)

Además de producir anomia, ansiedad e insatisfacción, la tendencia al cambio permanente provoca fácilmente el desinterés y el hastío. La originalidad y la novedad o la necesidad del cambio por el cambio conducen inevitablemente a la rutina de la misma originalidad, a la banalidad de la búsqueda (Marina, 1992).

– *Mitificación del placer y la pulsión* como criterios incuestionables del comportamiento correcto. La individualización expresiva se refleja claramente en la importancia recobrada por las capacidades expresivas del yo individual, que tanto apuntan a un cierto romanticismo y emotivismo, como, también, a una amenazadora tendencia al hedonismo. Un hedonismo reflejado en “la idea de placer como modo de vida” y la “satisfacción del impulso como modo de conducta”, que conforman actualmente la *imago cultural* de nuestras sociedades avanzadas y post-modernas. Las

‘restricciones puritanas y la ética protestante’, que tanto coadyuvieron al desarrollo capitalista, han sido relegadas y apartadas como formas culturales de vida, lo que, para Bell, supone una quiebra cultural sin precedentes en y para el capitalismo. El mercado, resituado en una economía de oferta, encuentra en las nuevas necesidades emotivas el terreno apropiado para su expansión. La satisfacción de la emotividad se troca en consumismo: consumo de servicios, de bienes, de estéticas y de status. En palabras de Lyotard “el mundo habla de velocidad, goce, narcisismo, competitividad, éxito, realización. El mundo habla bajo la regla del intercambio económico, generalizado a todos los aspectos de la vida, incluyendo los placeres y los afectos” (1990:121).

Ahora bien, esta tendencia, como afirma Marina, conduce a una inevitable paradoja: “sólo es libre la acción espontánea. pero la espontaneidad es mera pulsión... Lo más peculiar de nuestro tiempo es ese baile de significados que ha conducido a una insoluble paradoja pragmática. El instinto se ha convertido en el reino de la libertad, y la voluntad en el terreno de la coacción, con lo que la vida moral bascula del lado de lo involuntario, instintivo, automático, mientras que la reflexión aparece como una impostura... No obstante, al actuar naturalmente, espontáneamente, el sujeto es sólo agente de su vida. Al actuar voluntariamente, es también autor.” (1992:211).

– *Culto al cuerpo y mitificación de la juventud*. Teniendo en cuenta la primacía de la apariencia, la cultura de la satisfacción, el mito de la pulsión y el objetivo colectivo de rentabilidad comercial, es lógico que el modelo que se propone de vida y satisfacción en la sociedad multimedia sea la idílica exhibición de una juventud atemporal con un cuerpo de diseño, que unos desean alcanzar y los más añoran en silencio. Como acertadamente nos recuerda Finkelkraut “han bastado dos décadas para que... el estilo de vida adolescente mostrara el camino al conjunto de la sociedad. La moda es joven, el cine y la publicidad se dirigen prioritariamente al público quince-veinteañero... la juventud constituye el imperativo categórico de todas las generaciones” (1990:



134). En el mismo sentido se pronuncia Sánchez Mellado (1996) al afirmar que el cuerpo, considerado durante milenios como despojo transitorio condenado a la putrefacción, es el nuevo dios pagano de la secta con más adeptos del mundo. La reivindicación renacentista, romántica e ilustrada del cuerpo humano y del placer en contra de su proscripción por parte de las religiones judeocristianas, se arruina de nuevo en la presente idolatría mercantil. Como afirma Gala, para adorar nuevos ídolos no merece la pena ser iconoclasta.

Como en el resto de las mercancías que se consumen ávida y vertiginosamente en la sociedad de libre mercado, también la mercancía del cuerpo joven se va restringiendo progresivamente a etapas más tempranas, de modo que todos nos encontramos en una carrera desesperada por alcanzar lo que se nos escapa de forma cada vez más acelerada, sin posibilidad de disfrutar tranquilamente lo que se posee por el temor a perderlo o por no encajar exactamente con los modelos difundidos por la publicidad. En cualquier caso, como en el resto de los intercambios mercantiles, la satisfacción se encuentra seriamente comprometida al situarse en objetos o estados efímeros y superficiales que sólo se poseen por su valor de cambio. La carrera loca por tener conduce inevitablemente a la insatisfacción del ser.

- *La emergencia y consolidación de los movimientos alternativos.* Tal vez una de las manifestaciones más reconfortantes de la pluralidad y tolerancia que conviven no sin dificultades en el escenario ecléctico de la cultura social postmoderna es la emergencia de los movimientos alternativos, entre los que cabe destacar el feminismo y el ecologismo.

La transformación lenta pero irreversible de la condición social de la mujer y la redefinición de su papel en la familia y en la comunidad es en mi opinión uno de los fenómenos más alentadores y de repercusiones todavía incalculables de las transformaciones sufridas en el presente siglo. La incorporación de la mujer al mundo laboral y su irresistible aunque lenta irrupción en la vida pública de la cultura, la economía y la política, está provocando

modificaciones sustanciales en la vida cotidiana de la familia y del resto de las instituciones sociales. Es evidente que la mujer está sufriendo incluso de modo más abrumador que el hombre su utilización como mercancía, zarandeada su individualidad y su identidad por las exigencias inmisericordes de la economía de libre mercado. Es probable también que, junto con los desfavorecidos, sea la primera víctima de la exclusión cuando la competitividad impone 'ajustes de caballo' al estado del bienestar que favorecían las políticas socialdemócratas. No conviene olvidar que, aun manteniendo una orientación asistencial, las políticas socialdemócratas alcanzaban a proteger, más en la teoría que en la práctica, los derechos de la mujer. No obstante, y a pesar del desplome del estado de bienestar y de la desigualdad que impone la economía mercantil, su flexibilidad, pluralidad, provisionalidad e incertidumbre descubren algunos resquicios, abren espacios a la incorporación y desenvolvimiento social de la mujer que las culturas autoritarias y fundamentalistas tenían perfectamente bloqueados.

De modo similar, la sensibilidad ecológica, la conciencia de los límites del desarrollo, y la necesidad de frenar el deterioro que la economía incontrolada está imponiendo en la naturaleza, pueden suponer, sin duda, importantes resistencias colectivas que actúan como control de las pretensiones desmedidas e insaciables de la economía del libre mercado al servicio de la rentabilidad. El desarrollo armónico y sostenido no es en modo alguno una preocupación de la economía especulativa y financiera, tampoco un componente sincero de las políticas nacionales o internacionales al dictado de los requerimientos económicos, se está manteniendo como la llama encendida por los movimientos marginales y alternativos que espolean la conciencia colectiva y presionan las políticas gubernamentales con sus atrevidas y consistentes iniciativas y resistencias.

En el collage indiferente de la cultura e ideología social postmoderna, al servicio de la economía de libre mercado, es una fuente de esperanza la existencia de movimientos alternativos que resisten el huracán de la rentabilidad y presentan iniciativas, opciones y compromisos, provisionales, parciales y experimentales

Para que no haya cambios totales

que rompen la falsa indiferencia del eclecticismo acrítico y amoral, se pronuncian en favor de valores y de procedimientos para argumentar y decidir los acuerdos que la comunidad debe adoptar para facilitar la supervivencia y la satisfacción de todos y nos llaman constantemente a participar en los debates, las decisiones y las acciones.

### **La función educativa de la escuela: la emergencia del sujeto en la recreación de la cultura**

A medida que se profundiza en el aspecto singular de la tarea educativa, aquello que diferencia a la escuela de la mera actividad de socialización o reproducción de las costumbres y valores hegemónicos, propia de otras instancias de socialización, aparece con más claridad el carácter de tercera mediación también sistemática e intencional, la *mediación reflexiva*. Me parece oportuno y clarificador reservar el término educación para referirme a esta tarea de estimular y facilitar el contraste reflexivo de los individuos sobre sus propias construcciones mentales.

Si la escuela pretende ejercer una función educativa no será simplemente por el cumplimiento más perfecto y complejo de los procesos de socialización (primera mediación), sino por su intención sustantiva de ofrecer a las futuras generaciones la posibilidad de cuestionar la validez antropológica de aquellos influjos sociales, de reconocer y elaborar alternativas y de tomar decisiones relativamente autónomas.

Con esta intención educativa, la escuela ha de ofrecer no sólo el contraste entre diferentes procesos de socialización sufridos por los propios alumnos de un mismo centro o grupo de aula, sino de experiencias distantes y culturas lejanas en el espacio y en el tiempo, así como el bagaje del conocimiento público que constituyen las artes, las ciencias, los saberes populares... (segunda mediación). Solamente podremos decir que la actividad de la escuela es educativa, cuando todo este conjunto de materiales, conocimientos, experiencias y elaboraciones simbólicas sirva para que cada individuo re-

construya conscientemente su pensamiento y actuación, a través de un largo proceso de descentración y reflexión crítica sobre la propia experiencia y la comunicación ajena (tercera mediación).

El esquema tradicional de transmisión y aprendizaje de contenidos de la cultura puede que no provoque en absoluto la reconstrucción de los modos de pensar y sentir de los estudiantes, sino sólo el adorno académico externo, que se utiliza para resolver con relativo éxito las demandas y exigencias de la tarea escolar. Cuando la escuela solamente provoca aprendizaje académico de contenidos vitalmente indiferentes, que se aprenden para aprobar los exámenes y olvidar después y no estimula su aplicación consciente y reflexiva en la vida cotidiana, su tarea no puede denominarse, a nuestro entender, educativa, sino socializadora. Si los conocimientos científicos o culturales no sirven para provocar la reconstrucción del conocimiento y de la experiencia de los alumnos y alumnas pierden su virtualidad educativa. Si la escuela se convierte en una simple academia de cuatro o cinco horas diarias, dedicada a garantizar el aprendizaje de los productos del conocimiento ajeno, empaquetado en unidades didácticas en el menor tiempo posible, no es probable que provoque la enriquecedora aventura de las vivencias intelectuales.

La función educativa de la escuela requiere autonomía e independencia intelectual, y se caracteriza precisamente por el análisis crítico de los mismos procesos e influjos socializadores incluso legitimados democráticamente. La tarea educativa de la escuela se propone, por tanto, la utilización del conocimiento y la experiencia más depurados y ricos de la comunidad humana para favorecer el desarrollo consciente y autónomo en los individuos y grupos que forman las nuevas generaciones de modos propios de pensar, sentir y actuar. En definitiva, la potenciación del sujeto.

➤ La función educativa de la escuela requiere una comunidad de vida, de participación democrática, de búsqueda intelectual, de diálogo y aprendizaje compartido, de discusión abierta sobre la bondad y sentido antropológico de los influjos inevitables del proceso de socialización. Una comunidad educativa que rompa las absurdas barreras artificiales entre la escuela y la sociedad. Un

centro educativo flexible y abierto donde colaboran los miembros más activos de la comunidad para recrear la cultura, donde se aprende porque se vive, porque vivir democráticamente significa participar, construir cooperativamente alternativas a los problemas sociales e individuales, fomentar la iniciativa, integrar diferentes propuestas y tolerar la discrepancia.

Es evidente que la concepción postmoderna ha puesto de manifiesto enormes lagunas en el desarrollo del pensamiento, la cultura y la educación de la época moderna. Como nos recuerda Forlari (1992), ha contribuido a recuperar no pocas cosas que la modernidad desatendió: corporeidad, instante, el mundo de las emociones, sentimientos y afectos, los límites del logos, el valor del presente, la importancia de la micropolítica, la no universalidad de las normas, la valoración de lo estético y expresivo, la importancia de las actitudes de tolerancia y respeto a la multiplicidad y pluralidad, la desmitificación de los principios y del rol de la ciencia y la técnica, el rechazo al militancismo y al endiosamiento de la razón.

Del mismo modo es también evidente que muchas de las propuestas que circulan en la vida cotidiana postmoderna, arriba mencionadas, no pueden considerarse educativas por cuanto no facilitan el desarrollo consciente ni del pensamiento ni de los sentimientos y afectos, ni de las conductas de los individuos. De todos modos, y puesto que la condición postmoderna de la sociedad es innegable y a través de sus omnipresentes influjos condiciona el crecimiento de las nuevas generaciones, la escuela ha de enfrentarse al reto de intervenir adecuadamente ante tales exigencias y circunstancias, de nada sirve aferrarse a la nostalgia de un pasado moderno que ya no existe. El sentido de la escuela y de los proyectos curriculares que en ella se trabajan debe vincularse con las exigencias educativas en la condición postmoderna. ¿Qué valor antropológico consideramos que tienen los influjos postmodernos que reciben los individuos en los intercambios espontáneos de su vida cotidiana?

Si ya no cabe esperar certezas absolutas ni de las ciencias, ni de las artes, ni de la cultura, ni de la filosofía tanto respecto a los

conocimientos como a los valores para ordenar el intercambio humano y la gestión de los asuntos públicos; si las certezas situacionales deben surgir de la búsqueda compartida, de argumentos apoyados en la reflexión personal, en el contraste de pareceres y en la experimentación y evaluación de proyectos democráticamente estimulados y controlados; si la gestión de la vida pública de modo que ampare la libertad individual, garantice la igualdad de oportunidades y proteja las manifestaciones diferenciales y las propuestas minoritarias, ha de ser el resultado del consenso, de la participación democrática, informada y reflexiva de los componentes de la comunidad social, la emergencia y fortalecimiento del sujeto se sitúa como el objetivo prioritario de la práctica educativa. El énfasis no debe, por tanto, situarse ni en la asimilación de la cultura privilegiada, sus conocimientos y sus métodos, ni en la preparación para las exigencias del mundo del trabajo o para el encaje en el proyecto histórico colectivo, sino en el enriquecimiento del individuo, constituido como sujeto de su experiencias, pensamientos, deseos y afectos. Toda vez que tal enriquecimiento del sujeto requiere estructuras democráticas que favorezcan y estimulen los intercambios culturales más diversificados, la reivindicación del sujeto supone a la vez la defensa de la libertad personal y el desarrollo de la comunidad.

El desarrollo de la subjetivación como objetivo prioritario de la escuela postmoderna no significa la sustitución de la cultura experiencial, arraigada en la cultura de masas de la condición postmoderna, cargada presumiblemente de errores y tendencias contradictorias, por la cultura privilegiada y culta de los intelectuales, ni siquiera su yuxtaposición académica. Supone, a mi entender, sumergirse sin complejos elitistas en las peculiaridades y determinaciones de la cultura de masas asimilada y reelaborada por el individuo, para provocar su contraste, la reflexión del sujeto sobre sí mismo y facilitar su reconstrucción creadora. Que la cultura pública, privilegiada, se utilice ahora como la mejor herramienta para ampliar los horizontes reducidos del pensar, sentir, actuar y estimular el contraste es bien diferente de proponerla como el objetivo y fin de la escuela postmoderna. Por otra parte,

facilitar la transición en la escuela del individuo en sujeto no es una tarea al alcance del mero aprendizaje académico de las disciplinas, requiere la vivencia consciente rica y compleja, a veces placentera y frecuentemente polémica, de la cultura. Significa reproducir y recrear con los materiales vulgares y cultos que ahora se ponen en tensión en el individuo y en el grupo.

La escuela postmoderna debe superar la ruptura clásica que estableció la modernidad entre la razón y el sujeto, ampliando el sentido de lo racional para incluir la complejidad y multiplicidad, la ambigüedad e incertidumbre del pensamiento y la cultura humana y proponer su utilización no para orientar la historia, o la producción económica, por ejemplo, al margen y por encima de los individuos, sino como instrumento inmejorable para provocar la subjetivación, la emergencia del sujeto capaz de convertirse en agente consciente de interpretación, creación y transformación. La razón dentro del individuo para convertirse en sujeto crítico de sus propias elaboraciones y conductas. La razón dentro de la comunidad, como instrumento y a la vez producto de los intercambios, para potenciar la reflexión, explicitar lo silenciado y cuestionar lo consolidado. Vivir la cultura en la escuela, interpretarla, reproducirla y recrearla, más que aprenderla académicamente, requiere la misma amplitud y flexibilidad que la vida, es decir, concebir el aula como un fórum abierto y democrático de debate, contraste y recreación de las diferentes perspectivas presentes con mayor o menor implantación en la comunidad multicultural de la sociedad postmoderna.

Resumiendo, parece evidente que la escuela en las sociedades postindustriales cumple este complejo y contradictorio conjunto de funciones: socialización, transmisión cultural, preparación del capital humano, compensación de los efectos de las desigualdades sociales y económicas... Nadie nos puede garantizar ya que con el desarrollo actual de la tecnología de la comunicación de masas, en la era postmoderna de la *aldea global*, perfectamente extendida y omnipresente en los lugares más recónditos y en los hogares más pobres, la escuela no deje de ser ya imprescindible para cumplir la función social de preparar el capital humano que requiere la mo-

vilidad del mercado laboral. Incluso podemos preguntarnos si la función de legitimar la legalidad presente, mediante la aparente garantía del principio de igualdad de oportunidades a través de la escuela pública y el currículum común, no puede ser sustituida por otras fórmulas de gestión privada y tecnología actual. Ahora bien, solamente desarrollará una tarea educativa cuando sea capaz de promover y facilitar la emergencia del pensamiento autónomo, cuando facilite la reflexión, la reconstrucción consciente y autónoma del pensamiento y de la conducta que cada individuo ha desarrollado a través de sus intercambios espontáneos con su entorno cultural. Y esta tarea tan digna y tan compleja, para facilitar a cada individuo su proceso singular de recreación de la cultura, requiere la atención cercana y constante en un espacio social de intercambios experimentales y alternativos, de vivencias compartidas y contrastes intelectuales, difícilmente sustituible por intercambios telemáticos.

### Referencias bibliográficas

- ARGULLOL, R. (1996) "La sociedad del ciudadano", en: *El país*, 27 de febrero
- BENEDETTI, M. (1995) "Cortomper la corrupción", en: *El país*. 28 de marzo.
- BOUDILLARD, J. (1987) *Cultura y simulacro*. Ed. Kairós, Barcelona.
- BOUDILLARD, J. (1991) *Las estrategias fatales*. Ed. Anagrama, Barcelona.
- CARR, W. (1989) *Quality in Teaching*. Falmer Press, London.
- CASTORIADIS, C. (1994) "El malestar en la cultura", en: *Libre pensamiento*.
- FINKIELKRAUT, A. (1990) *La derrota del pensamiento*. Ed. Anagrama, Barcelona.